

FABIÁN CASAS



**EL PARCHE
CALIENTE**

emecé

Fabián Casas

El parche caliente



emecé
cruz del sur

Zuluaga

Hace mucho, mucho tiempo, en un país muy lejano, un hombre perdió a un perro. El hombre se llamaba Diego Zuluaga y tenía apenas veinticinco años, pero ya, de alguna manera, era viejo. En esa época la gente vivía poco y el cielo y el infierno estaban saturados de adolescentes.

El perro era de raza jersey y su dueño nunca le había puesto un nombre y solía llamarlo por su raza. Le decía jersey. Los jerseys fueron una cruceada creada a partir de muchas otras por los campesinos que trabajaban en las perreras de los Nobles. Hubo jerseys en la Alta Escocia, en la Galia y hasta un antepasado remoto, dicen, en Londinium. Era un perro difícil de imaginar para nosotros, los antiguos. Animales rudos, de una elasticidad inusual y cierto metabolismo similar al de las viejas motocicletas de cross. Un poco más alto que el perro más alto que conocimos. Y todavía más largo. Con una cara estirada con ojos vivaces y fieros. A veces, ciertos jerseys tenían pelaje negro sólo en el rostro, lo que le daba el aspecto de llevar una máscara. Durante la noche el grosor del pelaje de los jerseys parecía crecer y si había luna llena se volvían fosfores-

centes. Esta cualidad asustaba por igual a los salvajes y a los creyentes. Algunos se santiguaban al cruzarse con los pocos jerseys que habían traído los extranjeros cuando empezaron a llegar para trabajar en la avanzada sobre el desierto.

El jersey, como tantas otras cosas, desapareció para siempre de la faz de la tierra. Se los comieron el desierto, las guerras y las pestes. No soportaron los cambios bruscos que se fueron dando de manera implacable. Muchos son también los que piensan que los jerseys siguen vivos en zonas no rutinarias. Sin embargo, hay ilustraciones de ellos en libros que relatan aquellos tiempos tan nuevos y peligrosos. Como este.

Diego Zuluaga era el coronel encargado de sostener el pie civilizatorio en el desierto. Comandaba un fortín precario que estaba siempre hostigado por los salvajes, el clima y por la larga depresión de los días muertos. Mucho era su trabajo: ordenar las tierras, explorarlas, confiscarlas, negociar con los salvajes, mantener la moral de su tropa con premios y castigos, regular el aguardiente y tratar de contener los avances de la demencia que florecía por la larga contemplación de las extensiones planas del terreno. Ese lugar, esa zona, pedía a gritos por un Dios. Pero era difícil saber qué tipo de Dios. ¿El sanguinario y vengador del apocalipsis o el libre y sabio de los evangelios? Lo cierto es que Zuluaga estaba —o parecía— un poco loco. Por

eso sus soldados lo respetaban. Zuluaga era un hombre solitario que venía haciendo carrera gracias a su arrojo y al conocimiento cabal que tenía del desierto. Era un salvaje vestido de militar. De estatura mediana, llevaba siempre un cigarrillo en la boca o estaba mascando tabaco. Solía recorrer sus breves dominios —un fuerte, un establo, un almacén, dormitorios, una cocina— a caballo. A diferencia de otros oficiales, él sabía que para sobrevivir en esa zona era indispensable cuidar a los caballos. Por eso le dio uno a cada soldado y lo hizo responsable con su vida. Esto, con los años, favoreció el avance en el desierto y llevó a buen término la estocada final contra los salvajes. Pero Zuluaga —salvaje al fin— no estuvo ahí para contarla.

Los cabezas de coco respetaban a Zuluaga, pero no le temían. Y si no irrumpían en el fortín y se cargaban a todos era porque apreciaban su vida y sabían —se lo habían alertado unos golpes tácticos y repentinos— que Zuluaga no era sólo un cabeza de coco como ellos sino también un estratega imaginativo que los estudiaba y les robaba técnicas. Como esa vez que, al caer la tarde, se acercó con pocos hombres hasta las tolde-rías de Raquel y Raquelito y, en vez de montar encima de los caballos, lo hicieron de costado, sin dejarse ver y haciéndole creer a los raqueles que eran una tropilla de caballos estacionada en el horizonte, pastando. Cuando los cabeza de coco se acercaron para arriarlos, los hombres de Zuluaga giraron bruscamente, se convirtieron en centauros y empezaron a disparar. No

arrasaron la tolдерía pero se llevaron caballos, ovejas y cautivos. También, fiel a la costumbre intalada por el coronel, cortaron cabezas. Estas cabezas reseca, marchitas y pequeñas como pelotas pulpo, tenían hacia el final de su martirio una pelambre escasa, como si fueran el pelo del coco, en lugar de las largas mechas que ostentaban cuando estaban vivas. Permanecían clavadas en palos a la entrada del fortín.

Los días podían ser largos y estrechos, rellenos de gritos de pájaros. O cortos y pesados, como un golpe de karate. Puntuados —en el verano— por lluvias torrenciales que removían la tierra y dejaban salir alimañas desconocidas para dejar a la tropa, y a los comerciantes que la seguían vendiéndole cosas, llenos de urticarias, cicatrices y hasta algún miembro inservible. Existía un insecto que se asemejaba a una pequeña nota musical. Era negro y rugoso, de picazón letal. Empezaba por producir entumecimiento donde había impactado. Descascaraba la piel y, a las semanas, el brazo, la pierna y, Dios no lo quisiera, las cabezas, que se precipitaban al suelo como una fruta madura y fermentada. Este insecto no tenía nombre hasta que llegó al fuerte el señor Wash Jones, un naturalista que se encargaba de dibujar a los animales y de estudiar la flora y la fauna para, según sus palabras, ordenar el desierto. Fue mucho lo que se habló en el fortín sobre Wash Jones y el coronel Zuluaga. Los dos hombres se volvieron

inseparables de inmediato. Saliendo a cazar —cosa que sorprendió a todos, ya que Zuluaga sólo cazaba en solitario— y también aventurándose a excavar —como decía el coronel— zonas alejadas del fuerte que podían estar infestadas de animales desconocidos y cabezas de coco. Si bien Wash Jones tenía un cuarto pegado a la cocina, muchos lo vieron salir por las mañanas de la pieza rectangular y negra, hecha con piedras, cañas y barro, que Zuluaga habitaba al lado de los establos. Wash Jones era un hombre alto, musculoso, semicalvo y de larga barba rubia. Caminaba erguido, dando la impresión de haber sido el primer hombre en hacerlo en la escala evolutiva. Solía hacer chistes y hablar con todo el mundo, sin distinción. Y recorría hasta el más mínimo recoveco del fortín para anotar y dibujar sus impresiones en unas libretas azules y grandes que tenía amontonadas sobre una silla. Wash Jones llegó una mañana cabalgando con su guía enfermo y un perro jersey que quedó al cuidado de Zuluaga. Lo trajo de cuatro meses, y cuando se tuvo que volver a su patria le sugirió al coronel que lo hiciera cruzar con hembras jerseys que él había visto en un canil del Gran Fuerte de la Frontera Sur.

El invierno previo a la llegada del señor Dumanis, cayó una nieve chirle sobre el fortín de manera persistente. Todo se había aletargado. Los salvajes parecían haber desaparecido. No había señales de hostigamien-

to ni llegaban órdenes del gobierno central. Tampoco víveres ni putas ni magos ni artistas y los hombres habían empezado a darle vueltas al asunto. Se paraban en cualquier lugar del fortín, sobre las edificaciones, el mangrullo o en el centro mismo donde estaban las baterías con los cañones negros y oxidados, y cada uno, encerrado en su celda mental, le daba vueltas al asunto. Cada cabeza tenía en marcha un pequeño alacrán que iba creciendo de acuerdo a las vicisitudes personales de sus huéspedes. Zuluaga, desde que se había ido Wash Jones, se paseaba mal vestido o semidesnudo o sólo con los pantalones largos de invierno. También él, a pesar de su gran talento táctico y su inteligencia práctica, le daba vueltas al asunto. A veces pensaba en su niñez. Recordaba el olor dulzón de su madre y la severidad estereotipada de su padre. Recordaba a su hermano gemelo, gota de agua suya, que se había ahogado a su lado en una bañera de metal mientras su madre fornicaba con su padre. Tan parecidos eran que nunca supieron cuál de los dos se salvó. ¿Seré yo o mi hermano?, se preguntaba mientras leía la libreta que había dejado Wash Jones y que era para él un libro sagrado.

El cuarto de Zuluaga tenía una cama, una silla y un pequeño arcón donde guardaba esa libreta, el tabaco, fósforos de cera y un par de cubiertos y un vaso. Sus armas estaban al costado de la cama, junto a sus botas: un rifle largo y una pistola chica y brillante, dos

cuchillos y un hacha. La cama estaba hecha con plantas silvestres y picudas que se escondían bajo una lona militar. Como todo abrigo, además del uniforme de coronel, conservaba dos ponchos que le habían quedado de la campaña Sur. Al costado, sobre un apisonado de matas, junto a la pava y el mate, dormía el jersey, único ser al que Zuluaga le permitía entrar en sus pensamientos. Lo acariciaba y le hablaba en voz alta. Estaba convencido de que el animal era la reencarnación de un gran guerrero.

Un día Zuluaga se despertó con la idea fija de matar a todo el fuerte. Pensó seriamente en aniquilar a uno por uno de sus hombres y dedicar el tiempo restante a demoler las paredes que separaban al lugar del desierto. Era una idea peregrina. Lo desalentó que sus hombres estaban tan absortos en sí mismos que matarlos no entrañaba ningún riesgo. Entonces cometió una acción sin aparente sentido, limpia y precisa como el universo estrellado. Agarró dos caballos y al jersey de cuatro años y salió con rumbo sur para visitar el Fuerte Grande y el canil del que le había hablado Wash Jones. Quería, aunque no sabía por qué, que el jersey sirviera a una perra.

Cualquier otra persona podía morir en el desierto en segundos, pero no Zuluaga. Tenía caballos, tenía armas. Mataba y comía. Conocía al dedillo la vegetación y los lugares donde el agua se ocultaba a los viajeros inexpertos. Además, era un hombre sin rutinas, lo que lo alejaba de los cazadores más peligrosos: la angus-

tia, la tristeza y el dolor. Tras varias semanas arribó al Gran Fuerte, una construcción inmensa y ordenada, con una disciplina eficaz y certera. Con centenares de soldados y población civil, era casi una pequeña ciudad en miniatura donde se notaba por todas partes que ahí estaban los políticos cocinando la última escalada en el desierto. Negocios, trámites y sangre negociada se debatían en las mesas de trabajo mientras se tomaba alcohol y se fumaban cigarros. Los soldados estaban bien vestidos. Los caballos eran brillosos y esbeltos. Había comerciantes que vendían bebida, carne, mantas y cigarrillos. Se jugaba a los dados y a las cartas. Circulaban mujeres a granel. Y cocineros. Las piezas del fuerte donde dormían los soldados eran amplias y altas. Había un bar donde abrevaban todos al mediodía y por las noches. Detrás de los establos estaba el canil donde los perros guías y los perros de caza —los jerseys— se mezclaban. Zuluaga fue bien recibido ya que su fama de intrépido había recorrido el desierto mucho más rápido que su caballo. Le dejaron que pusiera al jersey en el canil, esperando el celo de las hembras, y le sugirieron que él hiciera lo mismo con las muchas mujeres que había en el fuerte. Los políticos y los más altos oficiales le ofrecieron una cena que terminó en una orgía descomunal y una borrachera dantesca. Se compró unas botas nuevas y probó nuevos licores y fumó unos cigarrillos largos y finos que habían traído los técnicos del ferrocarril y el telégrafo. Nadie le preguntó quién había quedado en su lugar en el for-

tín de avanzada. Daban por descontado que Zuluaga no estaba tan loco como para dejar a la marchanta ese lugar clave para tocarles el culo a los cabeza de coco. Por el contrario, entre el humo y el alcohol y el tintinear de los vasos y botellas, sólo le preguntaban por sus hazañas legendarias. ¿Era verdad que cazaba leones a cuchillo? ¿Era verdad que cazaba solo? ¿Era verdad que con la Columna Norte comandó la excursión contra los toldos de los cabezas de coco y les cortó las cabezas a todos, incluyendo a los chicos? ¿Y qué había de cierto en eso que se decía de que una vez, en plena desbandada, tomó las riendas de su caballo y se metió en la boca del lobo para ir a buscar a un oficial que se había perdido en el desierto? ¿Sabía inglés y francés? ¿Era verdad que el desierto tenía lugares mágicos que hacían desaparecer a la gente?

Escribo esto por si me pasa algo. Poco antes del otoño llegamos con la niña. Un viaje en barco largo y pesado. Nos sorprendió la humedad profunda y pegajosa de estas costas. El río es mar. Nos estaban esperando con toda la pompa. Nos dieron una bonita casa y abundante comida, cosas que aquí parecen brotar de la tierra. La casa es amplia y blanca, con ventanales inmensos cubiertos de mosquiteros para dejar afuera a los insectos, que abundan. Comí carne, de fuerte y difícil digestión, lo que me provocó sueños y diarrea, pero muy sabrosa. El arquitecto francés, cuando olió lo que estaban coci-

nando en largas parrillas, empezó a vomitar y hubo que llevarlo a resguardo. La niña comió legumbres. Tomamos un agua fría y rica que sacan de la tierra. Hice abrir botellas del vino que traje y las convidé entre los anfitriones. Dos hablan inglés y uno francés. El oficial que nos va a llevar a la frontera es un exoficial italiano. Es muy leído y se la pasa alardeando de sus conocimientos. Se llama Pittaluga. Desde que llegamos me asaltó una urticaria molesta que surge en mi piel debajo del cinturón y demás lugares donde me aprieta la ropa. En los tobillos y en las axilas también, pero ahí es menos frecuente. Hablaba antenoche con el Ministro de Guerra, a quien le debemos nuestros víveres y nuestra presencia en estas tierras, y trataba de no rascarme la piel en alarma. Son ronchas como de pulgones, pero no provocadas por insectos. Cuando me calmo, se van. Nunca tuve esto en Inglaterra ni en toda mi vida. Acá hay luz, mucha luz, y la gente habla sin parar. Hablan los negros, los salvajes mansos, los militares de altos rangos y los pueblerinos. Les gusta hacer chistes. Y murmurar. A la segunda noche de nuestra llegada la niña se apareció en mi cuarto diciendo que tenía miedo. La tranquilicé y la hice dormir en mi cama. Tiene ya doce años y no se parece a su madre. Es pelirroja, se llama Spring Dumanis y, según dijo el procurador, su nombre acá se dice Primavera. Ayer hablé con mis agrimensores y tácticos. Todos de buen ánimo. Por la noche, el Ministro de Guerra nos invitó a cenar. Estaba la realeza de la sociedad. La niña se mantuvo a mi lado como un buen perrito. El

Ministro de Guerra es un hombre alto, de piel aceitunada y buenos modales. Es sabio. Nos contó su vida, la de sus padres y me habló de sus sueños. A medida que tomábamos un vino agrio, nos pusimos más locuaces, como suele suceder. Es virtud del alcohol hacer intensa la vida. Me dijo que nuestra función era esencial en su plan de avanzar sobre el desierto y acorralar a los salvajes. De alguna manera, me sentí importante. Me habló del presupuesto que teníamos y la forma en que íbamos a utilizarlo. Mientras conversábamos, varios generales y comerciantes se acercaron a nuestro grupo y dijeron cosas que no pude entender. Mi castellano es precario y acá se habla muy rápido. Pero encuentro que el idioma es honesto, surgido de la geografía y no puro oropel. Por la comida intensa y el alcohol, tuve que ir a defecar varias veces a un agujero que tienen en los fondos de la casa principal, no muy lejos, para mi gusto, de donde los hombres comían, charlaban y fumaban. La niña se durmió y me disculpé. Un soldado raso nos acompañó hasta la casa. Le pregunté —tratando de ser amable y amenizar la caminata bajo el cielo negrísimo— cómo se había alistado. Fue mi destino, me dijo. Era un hombre de edad indefinida, chueco, cuyo andar tenía algo de trote metálico por las espuelas que suelen usar acá para florearse.